

Historia social del movimiento obrero europeo

[Wolfgang Abendroth]

Selección

Abendroth, Wolfgang (1983): *Historia Social del Movimiento Obrero Europeo*. 8va ed. Barcelona: Laia.

II. LA ASOCIACIÓN INTERNACIONAL DE LOS TRABAJADORES

El período de prosperidad, que puso fin en 1849-1850 al primer impulso del movimiento obrero europeo, reforzó el desarrollo industrial de Inglaterra e intensificó la difusión de los nuevos métodos de producción en Francia y Alemania. Mientras duró la coyuntura, la burguesía del continente se sintió satisfecha de la situación política que se había producido después del fracaso de la revolución, aunque ella misma quedó en lo esencial excluida de la participación en el poder político. En Francia dominaban el ejército, la burocracia y la policía de Napoleón III, y en los Estados de la «Federación Alemana», un régimen, modificado en cada caso, de príncipes, nobleza feudal y burocracia. La clase obrera no se hallaba ya en condiciones de desarrollar una actividad propia; sus dirigentes habían sido asesinados después de la revolución, privados de libertad u obligados a emigrar. Sólo en Inglaterra se pudo mantener, mediante uniones sindicales, un resto de continuidad en la organización.

Ahora bien, con la coyuntura de 1850 penetraron cada vez más en Europa los métodos de producción industrial capitalista. En los tres decenios de 1850 a 1880, el número de caballos de fuerza producidos por máquinas de vapor se elevó en Inglaterra de 1'3 a 7'6 millones; en Francia, de apenas 0'4 a casi 1'3; en la Federación Alemana y luego en el Imperio alemán, de 0'26 a más de 5'1 y en Austria de 0'1 a 1'6 millones. Proporcionalmente aumentaron la producción de carbón en Inglaterra de 49 a 147 millones de toneladas; en Alemania, de 6'7 a 59'1; en Francia, de menos de 0'5 a 19'4 millones de toneladas, y la de acero en Inglaterra, de 2'6 a 25'1; en Francia, de 0'8 a 3'8; y en Alemania, de 1'3 a 12 millones de toneladas. La industria de los medios de producción y la industria transformadora presentaban el mismo incremento. El ferrocarril abarcó a toda Europa.

La tranquilidad social y política de los años cincuenta del siglo XIX era engañosa. Mientras el auge económico transcurrió sin perturbaciones, los sistemas posrevolucionarios pudieron disimular las contradicciones entre las clases. Pero tan pronto una perturbación cualquiera en el impulso económico obligara a la burguesía liberal a urgir intervenciones en la política exterior del Estado, el movimiento obrero volvería a cobrar importancia.

(...)

En la época que siguió a 1850 había mejorado la situación material de una gran parte de la capa de obreros industriales, si bien su parte proporcional en el producto social de la producción industrial había permanecido invariable. Las primeras limitaciones a la desenfrenada explotación en la fase de la primera acumulación capitalista no tuvieron su origen en concesiones voluntarias de los patronos, sino que fueron establecidas bajo la presión de los obreros. La ley de fábricas inglesa de 1833, que al principio sólo afectaba a la industria textil, fijó horarios básicos de trabajo —para menores de edad entre 13 y 18 años, 12 horas; para niños de 9 a 13 años, 8 horas diarias; el trabajo de los niños menores de 9 años quedó prohibido. Los patronos intentaron soslayar en lo posible esta ley; incluso consiguieron que el Parlamento redujera a 8 años la edad mínima para la ocupación laboral de niños y que el horario general de las fábricas, fijado ahora en 12 horas, fuera también obligatorio para los niños. Gracias a nuevos éxitos de los cartistas se llegó finalmente a la ley del 8 de junio de 1847, que limitaba el horario laboral de las mujeres y menores de edad a 11 horas primeramente y a 10 a partir del 1 de mayo de 1848. La contraofensiva de los industriales no se hizo esperar. No obstante, en 1850 se logró establecer legalmente la jornada de diez horas para todos los obreros, si bien en un principio sólo para el ramo textil. Lo que Robert Owen había reclamado 40 años antes y que las clases dominantes y la doctrina científica reinante había tildado de crimen ateo contra la virtud «cristiana» del trabajo y escarnecido como utopía, alcanzó ahora validez jurídica. Fueron las experiencias de esa lucha inglesa las que ayudaron a los obreros franceses a imponer la ley de la jornada de 12 horas como el más importante resultado de la revolución de febrero de 1848.

(...)

Al comienzo de la siguiente crisis, la clase obrera ya no era una pequeña minoría en Francia y Alemania como antes de 1848. Y ahora se hallaba en parte en mejores condiciones materiales y culturales. Los gobiernos se vieron obligados a reducir el trabajo de los niños y a garantizar a los obreros una instrucción escolar, mínima desde luego, que se reveló imprescindible para las complicadas funciones de la producción industrial. De ahí que una nueva crisis económica tenía que provocar un movimiento obrero política y socialmente más intenso.

Esta crisis económica comenzó en 1857. Después de las guerras de Crimea y de Italia, los polacos e italianos oprimidos entraron nuevamente en movimiento y suscitaron el sentimiento de solidaridad de los demócratas. La guerra civil americana llevó a los radicales democráticos al parlamento británico y sobre todo a los obreros ingleses a

proclamar su simpatía por los Estados del norte y a evitar la entrada de Inglaterra en la guerra al lado de los Estados meridionales de la Unión. Ya antes habían logrado los obreros ingleses un gran éxito: la huelga de los obreros de la construcción en Londres de 1859, a la que los patronos respondieron con *lock-outs* y la supresión del derecho de coalición en sus empresas, pudo terminarse, al cabo de 9 meses —gracias a la cohesión de todos los sindicatos ingleses, que realizaron colectas para los huelguistas—, con la abstención del derecho de asociación. Las campañas de solidaridad en favor de los huelguistas de la construcción habían conducido a fusiones locales de los sindicatos de obreros cualificados, otorgando de nuevo al movimiento obrero inglés órganos eficientes. Sobre esta base comenzó la nueva lucha por el mismo derecho de voto, que fue apoyada por algunos parlamentarios radical-burgueses; resultado de tal lucha fueron la reforma del derecho electoral de Disraeli en 1867 y la del parlamento de Gladstone en 1884, que otorgaban el derecho de sufragio a la mayoría de los obreros urbanos y rurales. También el movimiento obrero francés resultó reactivado con la crisis de 1857-1858: a pesar de la prohibición de asociación, se produjo una ola de huelgas para mantener el nivel de los salarios. Como muestra de su política «de simpatía hacia los trabajadores», el gobierno francés envió una delegación de 550 obreros a la exposición universal londinense de 1862. De esta delegación, elegida por los obreros, formaban parte también partidarios de Proudhon bajo la dirección de Henry Louis Tolain. La delegación entró en contacto con el consejo sindical de Londres y acordó una manifestación común en favor de la revolución polaca el 22 de julio de 1863 en Londres. Al día siguiente se discutió la posibilidad de una asociación internacional permanente de los trabajadores; los ingleses organizaron un comité, presidido por Georg Odger, que redactó un mensaje a los obreros franceses. Se solicitaba la colaboración de los trabajadores de todos los países civilizados, el apoyo a la rebelión polaca y que se evitase la presión salarial sobre los obreros ingleses, mediante la contratación de mano de obra más barata en el continente.

La primera reunión tuvo lugar el 28 de septiembre de 1864 en St. Martin's Hall, en Londres. En ella estuvieron representados, además de los ingleses y franceses, numerosos grupos de emigrantes; entre otros, los italianos por medio de un ayudante de Garibaldi, y los alemanes, por miembros de la Asociación Comunista de Cultura Obrera. Karl Marx fue uno de los representantes alemanes elegidos para el comité central, que constaba al principio de 32 miembros. A pesar de todo el escepticismo en cuanto al grado de madurez del movimiento, estimaba en mucho la importancia de la asociación. El 29 de noviembre de 1864 escribía a su amigo Ludwig Kugelmann: «La asociación es importante, porque están ahí los jefes de las Trade Unions de Londres, que han hecho a Garibaldi un

recibimiento magnífico y con el gigantesco mitin de St. James Hall han hecho fracasar el plan de Palmerston de una guerra con los Estados Unidos. También los jefes de los trabajadores de París están en contacto con ella.»

Al esbozar los estatutos y el preámbulo, que formulaba los principios de la nueva organización, pudo Marx imponerse en contra de los partidarios de Owen y de Mazzini. *El Memorial a la Clase Obrera*, por él redactado, manifiesto inaugural de la Asociación Internacional de Trabajadores, contenía sólo reflexiones que podían aceptar los partidarios de las Trade Unions y también los discípulos de Proudhon y de Mazzini. Al enlazar con las ideas de los diferentes dirigentes obreros de cada país y al dar conciencia a sus principios comunes, quería iniciar un proceso en el que, mediante las experiencias de las luchas propias, llegaron a una mayor unidad y claridad teóricas. El arranque inicial del movimiento total, la necesidad de una común lucha de clases de los obreros, quedaba claramente formulado; pero a Marx sólo de un modo muy relativo le era posible incluir en el programa de la Internacional sus teorías políticas y sociales desarrolladas en el *Manifiesto Comunista* de 1848. De todos modos, se evitó que la concepción mutualista de los partidarios franceses de Proudhon o las ilusiones de Mazzini influyeran en el programa. El boceto de Marx fue aceptado por unanimidad, con insignificantes modificaciones, como estatuto y memorial de la Asociación Internacional de Trabajadores. El preámbulo es uno de los documentos de mayor importancia histórica en el movimiento obrero. Dice así:

«Considerando que la emancipación de la clase obrera debe ser obra de la misma clase obrera; que la lucha por la emancipación de la clase obrera no es una lucha por privilegios ni monopolios de clase, sino por idénticos derechos y deberes para destruir toda dominación clasista;

que la sumisión económica del obrero bajo los propietarios de los medios de producción, es decir, de las fuentes de vida, es el fundamento de la esclavitud en todas sus formas: la miseria social, la atrofia espiritual y la dependencia política;

que la emancipación económica de la clase obrera constituye por ello el gran fin último al que debe supeditarse todo movimiento político;

que todos los esfuerzos orientados a ese fin han fracasado hasta ahora por falta de unidad entre los muchos ramos del trabajo de cada país y por la carencia de una federación fraternal entre las clases obreras de los diferentes países;

que la emancipación de la clase obrera no es una tarea local ni nacional, sino social, que abarca todos los países en los que existe la sociedad moderna y cuya solución depende de la cooperación práctica y teórica de los países más avanzados;

que el movimiento obrero que actualmente se renueva en los países industriales de Europa, a la vez que despierta nuevas esperanzas constituye una seria advertencia contra una recaída en los viejos errores y urge la inmediata unión de todos los movimientos aún desunidos; por estos motivos, se ha fundado la Asociación Internacional de Trabajadores.

»La cual declara:

que todas las asociaciones e individuos que a ella se unan reconocen la verdad, la justicia y la moralidad como su norma de comportamiento entre sí y para con todos los hombres, sin distinción de color, creencia o nacionalidad. Considera el deber de cada uno alcanzar los derechos humanos y cívicos no sólo para sí, sino para todo el que cumpla con su deber. Ni deberes sin derechos, ni derechos sin deberes.»

La así nacida Asociación Internacional de Trabajadores (AIT) pudo apoyarse en una gran parte de los sindicatos ingleses, que se hicieron miembros de un modo colectivo, y en un número variable de miembros individuales, en ocasiones incluso en sindicatos aislados de otros países europeos. El Consejo General no ha tenido jamás una robusta organización propia ni grandes medios económicos, aunque se le haya atribuido falsamente un poder enorme por parte de la prensa burguesa y de los servicios secretos de todos los países, cuya curiosa actitud frente a la verdad, desde los tiempos de Stieber y del Proceso de Colonia contra los comunistas en 1852 hasta el día de hoy, parece una constante en el transcurso de las transformaciones históricas. Desde luego, la autoridad y el prestigio de la Internacional crecieron sin cesar entre los obreros europeos hasta la derrota de la Comuna de París, pues con llamamientos a la solidaridad se fomentaron grandes luchas laborales. La Internacional contribuyó a esclarecer y desarrollar la conciencia política y social de los obreros a los que representaba.

(...)

La Internacional había logrado convertirse en la representante de casi todas las organizaciones independientes del movimiento obrero en Europa e inducirlas a una amplia colaboración y a la discusión de sus objetivos y su estrategia. De este modo dio a los obreros y a los países, en los que en 1864 no había aún indicios de organizaciones obreras independientes, el impulso que les permitiese separarse del liberalismo burgués. En la conferencia interna de 1865 en Londres se puso de manifiesto el contraste entre las concepciones de Marx y las de los representantes proudhonianos de la delegación francesa; en el primer congreso público de la Internacional, celebrado en 1866 en Ginebra, ese contraste se destacó de un modo rotundo. A partir de entonces, la

característica de todos los congresos de la Internacional fue que en las delegaciones del país de gran desarrollo industrial dominaban las ideas de Marx defendidas por la mayoría del Consejo General con el apoyo sobre todo de los sindicatos ingleses, mientras que en las delegaciones de países preferentemente agrarios (entonces Italia y España, al principio, y por el momento, también Francia) o de territorios con pequeñas empresas artesanas (entonces la Suiza francesa) dominaron —hasta la Comuna de París en 1871— las concepciones proudhonianas y más tarde las de Bakunin.

(...)

En el congreso de Ginebra de 1866, pudo imponerse, contra los partidarios de Proudhon, el reconocimiento del movimiento sindical y de su arma más importante: las huelgas. La petición de los proudhonianos de sólo admitir obreros manuales como miembros del Consejo General fue desechada; su aceptación habría tenido como consecuencia la dimisión de Marx. Finalmente, el congreso se decidió de un modo abierto por las propuestas de Marx de exigir medidas político-sociales al Estado existente en favor de las mujeres y de los niños y para limitar la jornada laboral a ocho horas. Los proudhorianos rechazaron toda intromisión del Estado en la reglamentación de la relación laboral contractual porque temían con ello estabilizar el Estado y poner en peligro la libertad social.

Frente a esto, advirtió Marx que las medidas para proteger a los obreros sólo podían imponerse «mediante la transformación de la razón social en fuerza política»; «en las actuales circunstancias no podemos aplicar ningún otro método, fuera de... leyes generales impuestas por el poder del Estado... En la imposición de tales leyes, la clase obrera no refuerza el poder dominante. Al contrario, transforma todo poder que se utiliza contra ella en su propio instrumento. Con actos de índole general consigue lo que con una serie de esfuerzos individuales aislados se revelarían como intentos fallidos». La delegación francesa logró, desde luego, el beneplácito para algunas de sus reservas, pero esto no modificó en nada la importancia básica de los acuerdos de Ginebra. Los sindicatos y las cooperativas de producción creadas sin ayuda estatal fueron considerados a partir de entonces como la «palanca para la supresión del sistema mismo de la dominación del salario y del capital».

Las discusiones entre la mayoría del Consejo General, influido por Marx, y los partidarios franceses de Proudhon se repitieron en el congreso de Lausana en 1867. El tema controvertido era el papel de la lucha política de la clase obrera. Los proudhonianos la

rechazaban porque ignoraban la fuerza del Estado y con ello querían descartarla de la evolución social.

(...)

Sólo el Congreso de Bruselas de 1868 se declaró abiertamente contra la oposición de los delegados franceses, en pro de la socialización de los medios de producción por imposición del poder público. También esperaba el congreso poder evitar, mediante una «huelga de los pueblos contra los gobiernos», un agudizamiento del conflicto entre Francia y Alemania; pero muy pronto se reveló esto como una ilusión.

El Congreso de Basilea de la AIT concluyó en 1869 los debates sobre la concepción de Proudhon: la resolución en favor de la propiedad común del suelo fue aceptada por cincuenta y cuatro votos contra cuatro. Pero ya se anunciaban aquellas discusiones que llevarían al fin de la Primera Internacional. Como delegado de Lyon había acudido a Basilea el revolucionario ruso Miguel Bakunin. Éste tenía poca comprensión hacia una tenaz y sistemática lucha sindical cotidiana por el salario y el horario laboral, adaptada a las cambiantes circunstancias, y por la lucha política para ampliar los derechos democráticos y la legislación social, tal como la llevaban a cabo los obreros de los países industrialmente más avanzados.

Su pensamiento respondía a la situación de los obreros en los países de menos desarrollo industrial; en la discusión sobre el derecho sucesorio halló el nuevo conflicto su primera expresión. No menos importante resultó el hecho de que en Basilea se presentó por vez primera un partido nacional de trabajadores: el Partido Alemán Socialdemócrata de Trabajadores. Quedaba abierta una nueva fase del movimiento obrero europeo, que, como pronto se iba a ver, llevaría la impronta de los nacientes partidos nacionales de trabajadores.

El estallido de la guerra entre Francia y Alemania, un año más tarde, mostró que los acuerdos de Bruselas no habían correspondido a la verdadera situación; sin dificultad pudieron los gobiernos de los dos bandos llevar a sus pueblos a la creencia de que hacían una guerra defensiva. Los seguidores de la Internacional se quedaron solos. El Consejo General en Londres analizó la situación desde el punto de vista de un pensamiento democrático-revolucionario, pero no pacifista. En sus llamamientos a los trabajadores de los Estados en guerra expuso la opinión de que era ante todo misión de los obreros franceses derrocar a Napoleón III, pero que luego los obreros alemanes tendrían la obligación de evitar la prosecución de la guerra, que ya no se haría para defender a Alemania, sino para aumentar el poder de Prusia: «Si la clase obrera alemana permite que la actual guerra pierda su carácter rigurosamente defensivo, entonces la victoria y la

derrota serán igualmente funestas.» Los diputados del Partido Socialdemócrata en el parlamento nortealemán, Wilhelm Liebknecht y August Bebel, se abstuvieron por ello en la votación sobre los créditos de guerra, mientras que los partidarios de Ferdinand Lasalle votaron a favor.

Cuando la capitulación de Sedan llevó a la proclamación de la III República en Francia, el comité central de Braunschweig del Partido Socialdemócrata de Alemania hizo un llamamiento para celebrar manifestaciones en favor de una paz honrosa con la República francesa y declaró: «En nombre del Partido Socialdemócrata Alemán elevamos nuestra protesta contra la anexión de Alsacia-Lorena, y nos sabemos unidos con los obreros alemanes. En interés común de Francia y Alemania, en interés de la paz y de la libertad, en interés de la civilización occidental contra la barbarie cosaca, los obreros alemanes no tolerarán la anexión de Alsacia-Lorena. ¡Nosotros nos mantendremos fieles a nuestros hermanos trabajadores de todos los países, en todas las luchas por la causa común!» Los miembros del comité central fueron detenidos inmediatamente y acusados de alta traición; la historia «nacional» de la burguesía alemana fue, incluso, lo suficientemente poderosa para arrastrar a la mayoría de los trabajadores alemanes. De ahora en adelante, sin embargo, en el parlamento nortealemán votaron juntos los de Eisenach y los de Lassalle contra los créditos militares y exigieron la renuncia a toda anexión, como esperaba de ellos el manifiesto de la Federación de París de la AIT.

El segundo llamamiento del Consejo General de Londres se dirigía a los obreros franceses. Se les advertía que sería una locura querer derribar el gobierno reaccionario burgués de transición de la nueva III República en una situación en que los ejércitos alemanes se hallaban a las puertas de París. Antes bien, lo que ahora hacía falta era la organización de los obreros bajo las nuevas circunstancias. Los miembros franceses de la Internacional siguieron este consejo hasta la capitulación del gobierno burgués ante los ejércitos alemanes.

En el acuerdo de armisticio, el gobierno francés había otorgado a los vencedores la capitulación y desarme de París —que era defendido por una milicia de obreros y pequeños burgueses—, la guardia nacional, así como elecciones para la Asamblea Nacional. Los campesinos y la burguesía querían la paz a cualquier precio. Más que a los prusianos, temían a los pequeños burgueses demócratas radicales, que, de acuerdo con su tradición jacobina, querían repetir la guerra revolucionaria de 1793 para salvar a Francia; y a los obreros de París que les seguían en ello, bajo la dirección en parte de los partidarios de Blanqui y en parte de la Internacional. La Asamblea Nacional, en la que tenían la mayoría los partidarios de las dos dinastías expulsadas en 1830 y 1848, y el

gobierno francés con Thiers a la cabeza se reunieron primero en Burdeos y luego en Versalles. El gobierno quería desarmar por fin a la guardia nacional. El aparato de administración del gobierno tuvo que abandonar la capital, y la población de París eligió su propia representación municipal, la Comuna. La Comuna reunía en una sola mano el poder legislativo y el ejecutivo; los representantes del pueblo podían ser revocados en todo tiempo por sus electores. Jacobinos burgueses, blanquistas, partidarios de la Internacional, proudhonianos y otros socialistas colaboraron en la Comuna; los seguidores de la Internacional sólo representaban una pequeña minoría. Se realizaron algunas reformas democráticas y sociales (separación de la Iglesia y del Estado, alquileres máximos, prohibición del trabajo nocturno), pero ninguna reforma socialista a fondo.

Esta autolimitación, sin embargo, no aminoró el odio de la burguesía. Los ejércitos de Napoleón III, prisioneros de guerra, fueron puestos por Bismarck bajo las órdenes del gobierno Thiers y comenzaron a atacar París el 21 de mayo de 1871. Después de un enconado contraataque de la guardia nacional y de los obreros, las tropas del gobierno conquistaron la ciudad al cabo de una semana. El número de asesinados y deportados no puede averiguarse exactamente.

Los mismos vencedores hablaron de 14.000 comunardos caídos o ejecutados, de más de 5.000 deportados y otros 5.000 obreros condenados por tribunales militares a penas de privación de libertad. En un lapso de dos decenios, el movimiento obrero francés había quedado por segunda vez privado de sus miembros más activos.

Los dos partidos alemanes de trabajadores habían podido organizar únicamente una minoría de su clase. Eran demasiado débiles para impedir a su gobierno que convirtiera, con la conquista de dos provincias francesas, la oposición nacional entre los primeros países del continente en punto clave del desarrollo europeo por un cuarto de siglo y obligara a la Francia burguesa a aliarse con los zares. Las clases dominantes en Alemania pudieron así sacrificar los intereses reales de la población a un entusiasmo pseudo-«nacional» y a sus propios intereses materiales concretos.

Ya antes de los días de la Comuna de París, la prensa burguesa de Europa había intentado calumniar a la AIT. En Austria, por ejemplo, dirigentes obreros habían sido condenados a presidio apoyándose en un ambiente negativo y reaccionario por haber simpatizado con la Internacional (entre otros Andreas Scheu y Hein-rich Oberwinder). Ahora, después de los acontecimientos de París, reaccionó la «opinión pública» burguesa de un modo muy violento: a fin de justificar las matanzas en París, la Comuna fue presentada, sin el menor respeto a la verdad histórica, como el producto de una conjuración del Consejo General de la Internacional.

El gobierno francés decretó una ley de excepción contra la AIT e intentó mover a otros Estados europeos a la extradición o persecución de los comunardos emigrados. (...)

Entre tanto, en la Internacional misma, se había iniciado la discusión entre los antiguos miembros de la Alianza Internacional de la Democracia Socialista de Bakunin y el Consejo General, dirigido aún por Karl Marx, en cuya controversia había de ir a pique la Asociación Internacional de Trabajadores. El fin de las luchas de París destruyó toda esperanza fundada en una nueva ola de revoluciones democráticas en Europa. Y la resolución de la conferencia londinense de la Internacional en 1871, en la cual se postulaba la fundación de partidos obreros legales en cada país europeo como condición previa para una revolución socialista, no era más que la consecuencia de esa situación. Para los partidarios de Bakunin y de Blanqui resultaba inaceptable; ambos grupos pensaban aún en las categorías del período preindustrial de Europa, definitivamente fenecido. Sin embargo, la resolución no correspondía tampoco a las necesidades del movimiento sindical inglés, que, como habían mostrado las elecciones de 1868, era aún demasiado débil para poder actuar políticamente por sí mismo. Puso, pues, sus esperanzas en una asociación con el ala

democrático-radical de los liberales, para así poder aprovechar el número de sus votos en la mejora de la situación social de los trabajadores.

Karl Marx y el Consejo General de la Internacional tuvieron que caer en el aislamiento. Esto se puso de manifiesto en el Congreso de La Haya en 1872. Ciertamente que Marx y el Consejo General pudieron lograr aún una votación, pero perdieron los votos de los delegados ingleses. La consecuencia fue el traslado de la sede del Consejo General a los Estados Unidos y con ello el fin –solemnemente declarado en 1876– de la AIT.

(...)

III. LA EXPANSIÓN DE LOS PARTIDOS OBREROS NACIONALES Y DE LOS SINDICATOS EN EL CONTINENTE EUROPEO

Cuando la resolución de la Asociación Internacional de Trabajadores recomendó en 1871 a los obreros de los países de mayor desarrollo industrial la constitución de partidos obreros nacionales, existían ya en Alemania dos puntos de referencia para esta nueva forma de lucha del movimiento obrero. También la condición más importante para el despliegue del movimiento sindical, el derecho de asociación, había sido concedido a los trabajadores en el reglamento de industrias de la Confederación de la Alemania del Norte de 1869. Los dos partidos obreros alemanes –la Asociación Alemana de Trabajadores, fundado por Lasalle, y el Partido Socialdemócrata de Trabajadores, dirigido por August Bebel y Wilhelm Liebknecht- abarcaban sólo una pequeña parte de la clase obrera alemana, que crecía con rapidez conjuntamente con el auge de la industrialización. En las elecciones de 1874 para el Reichstag cada uno de los dos partidos opuestos no logró obtener más que el 3%, aproximadamente, de los votos emitidos. Sólo a partir de la unificación de 1875 en Gotha aumentó la influencia del Partido Socialdemócrata de Trabajadores: en las elecciones de 1877 consiguió ya un 9% del total de votos.

(...)

El partido se formó sobre la base de un pensamiento marxista muy simplificado. El «Sozialdemokrat», órgano central del partido, redactado por Eduard Bernstein y distribuido ilegalmente, y «Neue Zeit», editado legalmente por Karl Kautsky, representaban su política. El hecho de que fuese el único partido que salió en defensa de la igualdad de derechos para la mujer, incluido el de voto, le hizo atractivo ante las minorías críticas de las capas cultas.

Con el fin de reprimir la creciente influencia de la socialdemocracia, el gobierno alemán llevó a cabo, en los años que siguieron al Mensaje Imperial de 1881, algunas medidas de carácter político-social. Se crearon seguros de invalidez, accidentes y enfermedad. Sin embargo, no se consiguió el efecto. Las organizaciones sindicales resultaron, desde luego, muy obstaculizadas por las leyes de excepción, pero después de la huelga general espontánea de los mineros de 1889, su posición llegó a ser inconvencible. Así fracasó la legislación de emergencia contra el movimiento obrero en la Alemania imperial; la ley contra los socialistas no fue ya renovada en 1890.

La socialdemocracia alemana había demostrado que con su estrategia en la organización y formación de funcionarios obreros, que generalmente procedían de los medios de trabajadores cualificados, y con la cooperación de intelectuales socialistas, había llegado a ser suficientemente fuerte para obligar al gobierno a notables concesiones de índole político-social. Con ello pudo en general mejorar la situación y el nivel de vida de la clase obrera en períodos de coyuntura favorable y estabilizarlos en épocas de crisis. Semejante éxito sólo fue posible porque el partido se mantuvo, por una parte, firme en su objetivo de la democracia política y de la sociedad económica socialista: la transformación de los medios importantes de producción en propiedad común.

Por otra parte, supo aprovechar de un modo consecuente cualquier posibilidad legal de lucha y había aprendido a resistir toda tentación de ejercer actos de violencia sin sentido, y a utilizar el parlamento como tribuna de la discusión política, las elecciones políticas como termómetro de su influencia, y las campañas electorales como medio de propaganda. De este modo aseguró a las organizaciones sindicales, que reconocían la huelga como medio legítimo de lucha, en contra de las asociaciones sindicales liberales de Hirsch-Duncker, la posibilidad de una acción legal. En 1891 formuló el partido su concepción en el programa de Erfurt; la organización conspirativa se transformó en un partido de masas.

Los sindicatos libres (socialistas) habían reconocido, con motivo de la resistencia común contra el *lockout* de los patronos de Hamburgo en contra del derecho de asociación y de la manifestación del 1 de mayo de 1890, las desventajas de su fraccionamiento en innumerables asociaciones profesionales locales. Después del congreso sindical celebrado en Halberstadt, en 1892, crearon por esa razón el sistema de las asociaciones centrales, organizadas según el principio profesional, que fueron unificadas en un comité central. La oposición, relativamente débil, de los «localistas» fue un paralelo sindical a la oposición de los «jóvenes» en el SPD. Ellos representaban a los grupos que no comprendieron ni dieron el paso de la semilegalidad, bajo la ley antisocialista, a la lucha abierta y legal, y a la conquista de grandes masas de trabajadores, y llegaron a ser las células germinales del anarcosindicalismo, que en Alemania apenas tuvo influencia.

Los sindicatos crecieron con rapidez. Si en 1892 sólo tenían 300.000 socios, en 1899, incluidos los poco nutridos sindicatos cristianos, contaban ya con 600.000 y en 1923 con 2,5 millones. La mayoría de sus funcionarios, que no eran retribuidos, trabajaban al mismo tiempo en el SPD.

En torno a estas dos organizaciones fueron agrupándose las cooperativas y numerosos círculos culturales y clubs deportivos de obreros. Ahora era posible elevar el nivel salarial de los trabajadores, al menos de los sindicatos, si bien con algunos reveses durante las crisis económicas. Los contratos tarifarios entre los sindicatos y los empresarios fueron adquiriendo una importancia creciente desde finales del siglo pasado. Las organizaciones competidoras de los sindicatos cristiano-nacionales, fomentados por las autoridades, sólo en regiones herméticamente católicas y en la pietista del Siegerland pudieron convertirse en organizaciones de masas. Para poder subsistir, tuvieron que echar mano, a pesar de una inicial obstinación, del arma de la huelga. Estos éxitos hicieron del partido obrero alemán y de los sindicatos a él vinculados el ideal del movimiento obrero en los demás Estados del continente europeo.

(...)

La experiencia general de este período, de que la mejora de la situación económica de los obreros sólo podía garantizarse en el marco de la intervención político-social del Estado y con un fuerte movimiento obrero sindical y político contra las oscilaciones de la coyuntura, así como la idea de que esas intervenciones estatales son el resultado de la actividad de la clase obrera, quedó confirmada.

(...)

La ola de industrialización después de la guerra francoalemana había creado en la mayoría de los países del continente europeo las condiciones para el nacimiento de partidos obreros y sindicatos independientes.

Fueron impulsados por los mismos problemas supranacionales hacia el internacionalismo y enlazaron con las ideas de la Asociación Internacional de Trabajadores. Por esta misma época aumentaban sin cesar las tensiones nacionales en Europa. De este modo, esta situación tenía que llevar casi necesariamente a una nueva integración internacional del movimiento obrero europeo.

IV. LA ÉPOCA DE LA II INTERNACIONAL, HASTA EL FIN DE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

La unificación de los diversos partidos obreros nacionales ahora existentes era, por una parte, la meta de la transformación de la sociedad de clases capitalista en una sociedad sin clases; y por otra, el punto de semejanza de los problemas ante los cuales se veían enfrentados en sus países. Todos ellos aspiraban a una democratización del poder político, a la mejora de las condiciones laborales y de los salarios, así como a la seguridad de los obreros en caso de enfermedad, invalidez y paro. También las formas de lucha — huelgas sindicales y organización de los trabajadores en partidos y sindicatos— se asemejaban en los diversos países europeos. Y en cualquier caso se consideraba la intervención político-social del Estado como un medio importante para estabilizar, incluso en las crisis económicas, los éxitos obtenidos por los sindicatos en la adaptación del nivel de vida de los obreros a la productividad, que crecía rápidamente con el progreso técnico, y a hacer soportables las condiciones de vida de aquellos que de un modo pasajero —por enfermedad o paro— o de un modo constante —por invalidez o vejez— tenían que ser eliminados del proceso de trabajo. A pesar de las crecientes divergencias de tipo imperialista entre los gobiernos de su país, sólo la necesidad de un intercambio supranacional de experiencias y de la coordinación a escala internacional de su actividad pudo ya impulsar a los partidos obreros nacionales hacia una nueva organización internacional. Ciertamente que para el movimiento obrero de entonces había aún problemas nacionales sin resolver, como, por ejemplo, en Polonia y en Austria-Hungría; pero ya en su primera fase había sido una de sus características la identificación de la lucha por las exigencias de la unidad nacional con la cooperación internacional. De nuevo se vio que las dificultades que se presentaron en Polonia y Checoslovaquia habían provocado diferencias de opinión desde luego tácticas, pero no de principio, en el movimiento obrero europeo, que no podían impedir la reconstitución de su coherencia internacional.

(...)

Para el día del centenario de la toma de la Bastilla, el 14 de julio de 1889, se habían convocado dos congresos contrarios en París. Por una parte, los posibilistas, por instigación del Trade Union Congress, invitaron sobre todo a los sindicatos; por otra parte, se celebró un anticongreso, organizado por los guesdistas. No se pudo lograr la unificación de ambas conferencias. El congreso organizado por los partidarios marxistas de Jules Guesde fue

visitado por representantes de todos los grandes grupos del movimiento obrero europeo y delegados de los Estados Unidos y Argentina; fue el que condujo al restablecimiento de la Internacional. Se tomó la resolución de manifestarse el 1 de mayo de 1880 en todos los países en favor de la introducción de la jornada de ocho horas y de elevar también al Estado tal petición (y no sólo a los patronos).

La base de la Internacional, a partir de este congreso, se hallaba en los partidos europeos. Los delegados americanos no jugaron un importante papel en ninguno de los congresos de la Internacional, a causa de la estructura social, distinta de la europea, y de la diversidad de los problemas que de ahí se derivaban. Tampoco los escasos representantes de los grupos obreros asiáticos, que más tarde llegaron, pudieron cambiar nada en este carácter de la Internacional. Los delegados indios representaban más bien a una nación oprimida en cuanto colonia, que no a un movimiento obrero, y los representantes del movimiento primero ilegal y luego semilegal de los trabajadores del Japón, país en gran auge industrial, pero aún regido de un modo feudal-militar, sólo lo eran de una insignificante minoría. La Internacional no llegó a ser consciente de la diferencia existente entre su realidad, limitada a Europa, y su pretensión universal.

Los primeros congresos se hallaban aún bajo el signo de las discusiones con las minorías anarquistas, que rechazaban por principio la lucha por una legislación político-social del Estado y la participación en toda labor parlamentaria. El congreso de Londres de 1896 terminó, finalmente, con estas discusiones. Se acordó invitar sólo, en adelante, a aquellas organizaciones que aceptaban «la transformación del orden capitalista de propiedad y producción en el sistema socialista de producción y propiedad así como la participación en la legislación y en la actividad parlamentaria. Con esto quedan excluidos los anarquistas».

Esta resolución reflejaba el desarrollo de los movimientos obreros nacionales. Fuera de España, los anarquistas habían quedado reducidos a pequeños grupos aislados. Sólo en los Países Bajos, en Italia y en los sindicatos franceses disponían aún de una influencia perceptible.

La II Internacional creó por vez primera, en su congreso de París de 1900, los instrumentos técnicos para la colaboración internacional de sus organizaciones filiales. Se establecieron un secretariado internacional, una oficina internacional socialista y un comité interparlamentario. Sede del secretariado era Bruselas, y Emile Vandervelde su primer presidente. La oficina constaba de dos representantes de cada partido afiliado.

Sin embargo, la Internacional se limitó a ser un reflejo del desarrollo de cada uno de los partidos que a ella pertenecían. Ella gestionaba los debates entre los grupos e internacionalizaba sus discusiones internas.

Rara vez pudo ejercer una influencia propia sobre los partidos.

(...)

El cuarto de siglo que transcurrió hasta la Primera Guerra mundial, la época de la "clásica" II Internacional, se caracterizó por un nuevo florecimiento industrial.

En todos los países ya conquistados por la industrialización aumentó el producto social; los países no —o escasamente— industrializados fueron incorporados al desarrollo capitalista. En el imperio alemán, por ejemplo, el valor total de la producción industrial de un año, desde la fundación del imperio hasta 1890, se había casi duplicado, para elevarse de 1890 a 1913 de nuevo en un 100 %. Surgieron grandes industrias nuevas: la industria eléctrica y la química iniciaron su auge, y todos los países europeos modificaron la técnica de la producción.

(...)

En el imperio alemán, por ejemplo, el valor total de la producción industrial de un año, desde la fundación del imperio hasta 1890, se había casi duplicado, para elevarse de 1890 a 1913 de nuevo en un 100 %. Surgieron grandes industrias nuevas: la industria eléctrica y la química iniciaron su auge, y todos los países europeos modificaron la técnica de la producción. Estas transformaciones técnicas produjeron una desigualdad en el crecimiento industrial: mientras que la producción de bienes de equipo se triplicó en este período, la de bienes de consumo creció a un ritmo mucho más lento. Este fenómeno no era en absoluto privativo del relativamente joven capitalismo industrial alemán, sino que respondía a una tendencia general del desarrollo interno europeo, que originó notables cambios de estructuras. Todavía hacia 1890 aumentó la exportación alemana en un 2'3 % anual, mientras que hasta que el inicio de la guerra la cuota de crecimiento fue aumentando en casi un 10 % anual, a la vez que la de importación permaneció estable con menos de la mitad de dicho valor. También en esto, el desarrollo alemán mostraba únicamente de un modo muy claro la tendencia general de las transformaciones del capitalismo industrial europeo avanzado y lo mismo sucedió con la transición iniciada en Alemania en 1878, al fomento proteccionista de la industria pesada y de los grandes propietarios rurales.

Aumentaron sin cesar, mediante inversiones, la evasión de capital, la penetración de países europeos y extraeuropeos relativamente subdesarrollados en la industria así como las colonias, dominadas directamente por Estados europeos. En la fase anterior, la industrialización tuvo lugar principalmente en Inglaterra y Francia; las inversiones alemanas de capital en el extranjero constituían en 1880 probablemente sólo un tercio de las francesas y un quinto de las inglesas. El nuevo auge industrial había incrementado entre las diversas grandes potencias la tendencia a una desigualdad en el desarrollo y a un aumento de la velocidad de expansión. En 1914, las inversiones alemanas en el extranjero equivalían ya a la mitad de las francesas y a un tercio de las inglesas. La competencia de las clases capitalistas de las grandes naciones industriales de Europa tuvo que agudizarse en un conflicto político y militar de los Estados que la representaban (...).

El capitalismo competitivo liberal del período anterior a 1890 tuvo que hacer sitio, de un modo sorprendentemente rápido, al moderno capitalismo oligárquico, en el cual el mercado libre sólo tenía una función secundaria. La evolución de Joseph Chamberlain, reorganizador del liberalismo británico, de la política de libre comercio a la política proteccionista aduanera y colonial, era un símbolo exacto de las transformaciones estructurales de todo el mundo capitalista. Si bien en los demás países europeos no se hallaba este desarrollo tan avanzado como en Alemania, no obstante se movía en la misma dirección. Con esto se desplazaron los objetivos políticos de las grandes potencias europeas. Determinados en parte por la presión directa de ciertos poderosos grupos plutocráticos —sobre todo de la industria pesada—, y en parte por las necesidades de expansión de las economías nacionales capitalistas, abandonadas, en los países dependientes y en las colonias, a la evasión de capital y al dominio del mercado, que resultaban políticamente seguros, fueron aumentando los esfuerzos en pro del armamento y la militarización de las grandes potencias hasta llegar a la fiebre competitiva.

(...)

Esta transformación en la estructura del capitalismo europeo y mundial era la condición previa para el despliegue y la actividad de los partidos obreros agrupados en la II Internacional y de las federaciones sindicales nacionales, reunidas desde 1901 en conferencias sindicales internacionales y desde 1903 en el secretariado internacional de sindicatos. Pero al mismo tiempo, la mejora del nivel de vida de la clase obrera, por muy escasa que fuera y por muy rezagada que se hallase con respecto al aumento de la productividad, lo mismo que el mejoramiento (si bien limitado) de su seguridad social, no era producto de un desarrollo automático, sino resultado de la lucha de clases dirigida

por los partidos socialistas y los sindicatos. Las organizaciones obreras se habían convertido al mismo tiempo en objeto y sujeto del desarrollo social, si bien el rápido crecimiento y éxito les hizo estimar excesivamente en teoría sus funciones subjetivas con demasiada frecuencia.

Por ello, el ideal de los partidos de la II Internacional y de los sindicatos de la Secretaría Internacional de Sindicatos era el movimiento obrero alemán. El continuo auge de la socialdemocracia alemana continuó al mismo ritmo incluso después de la fundación de la II Internacional. El número de sus socios y electores aumentó sin cesar. En 1912, los sindicatos libres tenían en Alemania 2.553.000 afiliados; el SPD contaba, en vísperas de la Primera Guerra Mundial, con más de 1.086.000 socios, 4.250.000 electores (más del 34 % de los votos emitidos) y 110 representantes en el parlamento. No había ninguna ciudad importante sin un diario socialdemócrata, sin cooperativas de consumo, agrupaciones deportivas y círculos culturales de los obreros. Los grandes tribunos populares de los principios de la socialdemocracia habían

muerto: Wilhelm Liebknecht, Paul Singer y, en 1913, también August Bebel. Clara Zetkin era la última representante de una generación que había aprendido en otro tiempo, bajo la dirección de Friedrich Engels, los fundamentos de la lucha de clases y no sólo la administración de grandes organizaciones.

Ahora bien, ¿no parecía corresponder el contenido político de la socialdemocracia alemana a su fuerza de organización? ¿No había recogido su principal teórico, Karl Kautsky, la herencia de Friedrich Engels a la muerte de éste, en 1895, así como Engels había continuado la doctrina de Marx cuando éste murió, en 1883? ¿No se había dictado el partido en el programa de Erfurt unas claras directrices estratégicas? El rechazo del revisionismo de Bernstein en los congresos del partido en 1899 y 1903, ¿no había mostrado que el partido soslayaría el peligro de adaptarse a la monarquía militar y conservaría en su memoria el análisis de Friedrich Engels, quien en 1891 había advertido que podía concebirse un camino pacífico y legal para superar la sociedad capitalista de clases en sistemas constitucionales democráticos como Inglaterra y Francia y en los Estados Unidos, pero no en los imperios de los Hohenzollern, Habsburgos y Romanov? La autoridad de la socialdemocracia alemana permaneció íntegra en la II Internacional. Hasta los más consecuentes revolucionarios, los miembros de la fracción bolchevique de la socialdemocracia

rusa bajo la dirección de Lenin, consideraban antes de 1914 la apariencia de su política revolucionaria como realidad y al escolasticismo marxista de Kautsky como el marxismo real.

Sin embargo, objetivamente, la contradicción entre la apariencia y la realidad, entre el poder puramente organizador y la disposición combativa del SPD y de los sindicatos, hacía tiempo que se había puesto de manifiesto en Alemania. La ampliación de su organización había hecho surgir una capa de parlamentarios, burócratas obreros y funcionarios administrativos que ocupaban puestos en los sindicatos, en las cooperativas, en las secretarías del partido, en las redacciones de la prensa del partido y como diputados en los parlamentos. Éstos ya no vivían sólo «para», sino también «del» movimiento obrero. Como todos los burócratas, estaban orgullosos de lo que administraban y, sobre todo, de cualquier pequeño éxito que pudieran lograr por los trillados caminos de una rutina bien probada desde hacía mucho. Pero la organización del movimiento se había convertido para ellos de una palanca para la acción en un fin en sí mismo; imperceptiblemente, se habían permutado para ellos el fin y los medios.

A este tipo de gente, cualquier actividad de las masas le resultaba sospechosa, rebasaba el «marco legal» y podía poner en peligro la legalidad del movimiento, o bien en duda la acreditada rutina. Con todo, los burócratas tuvieron que aceptar y tolerar que el partido hablara aún durante algún tiempo de que el capitalismo se hundiría algún día y el movimiento obrero sería su heredero. Pues tal modo de hablar todavía constituía un medio importante para atraer hacia el partido nuevas capas de la clase obrera y acrecentar así el número de socios y electores de la organización.

En opinión de sus dirigentes, el partido habría de ser sólo heredero, pero no el causante, de tal hundimiento. Estos problemas eran aún más complicados en los sindicatos, puesto que cada huelga colocaba a su burocracia ante decisiones para las cuales no se hallaban en condiciones.

Cuando los mineros organizaron huelgas de masas en 1889 y 1905, los sindicatos no fueron los instigadores de este movimiento; en 1905 intentaron incluso obligar a los huelguistas a una retirada prematura, mientras el partido apoyaba aún la huelga. Y ése mismo año formulaba el jefe del comité general de los sindicatos alemanes, Karl Legien, su tesis de que la «huelga general es un disparate general», mientras que al mismo tiempo obtenían los mineros, gracias a sus huelgas, masivas concesiones del gobierno y las huelgas generales de los obreros rusos llevaron al intento de revolución de 1905. Todavía pudo August Bebel rechazar, con apoyo de la mayoría del congreso del partido, la tesis de Bernstein sobre la incompatibilidad de reforma y revolución, advirtiendo su unidad dialéctica realizada en la lucha diaria. No obstante, Jean Jaurés tenía razón, objetivamente, cuando indicaba a August Bebel en el congreso de la Internacional en Amsterdam, en 1904, que entre el número de votos y el poder real de la socialdemocracia

alemana se abría el mismo abismo que entre su lenguaje radical y su aptitud y disposición para la acción, cosa que había demostrado la aceptación sin resistencia de la supresión del sufragio general en el reino de Sajonia. La socialdemocracia alemana y los sindicatos eran las organizaciones que podían obtener numerosas concesiones para los obreros, gracias a la presión de su mera existencia, mientras se conservara el equilibrio pacífico exterior entre las grandes potencias ahora imperialistas y no sobrevinieran mayores conflictos sociales. Cualquier crisis tenía, naturalmente, que revelar sobre qué pies de barro descansaba semejante coloso.

Cuando después de más de treinta años, los acontecimientos rusos de 1905 replantearon el problema de la revolución violenta en la orden del día de Europa, esta problemática se agudizó también en la socialdemocracia alemana.

La contradicción entre el congreso sindical y el del partido de 1905, entre la negación y la afirmación de la huelga general, se solucionó en 1906, después de la vuelta del movimiento revolucionario en Rusia, en la capitulación del partido ante los sindicatos en Mannheim. Ya antes había admitido el partido que sus alas secesionistas no atacaran la política colonial del imperio, sino que sólo la querían «más civilizada». Su pacifismo no le había impedido a Eduard Bernstein aprobar la división de China; pero, en cambio, no participó en el chauvinismo de Quessel, Noske, Calwer o incluso Maurenbrecher y Hildebrand.

El partido rechazó, desde luego, la política colonial imperialista, pero no estaba ya en condiciones de separarse de esos imperialistas socialistas. Sólo un reducido grupo de *outsiders* «izquierdistas» en el partido, como Clara Zetkin, jefe de la organización femenina del partido; Rosa Luxemburg, la mejor teórica que el SPD tuvo jamás; Karl Liebknecht, Georg Ledebour y el historiador del partido, Franz Mehring, así como los miembros del mismo por ellos influenciados, reconocieron los peligros de una adaptación al estado de cosas existente en pago de sus concesiones políticas y político-sociales. La aprobación de la cuota militar por el partido en 1913, poco después de retirarse Bebel del trabajo diario en la dirección del partido, no pudieron evitarla. Pero la total capitulación de los dirigentes del partido y de los sindicatos, de los revisionistas de la derecha y del centro escolástico «marxista» del partido antes de la Primera Guerra Mundial por miedo a una pérdida —inevitable en caso de cualquier resistencia— de la legalidad de organización y a un pasajero aislamiento de sus partidarios, fue también para ellos una completa sorpresa en los primeros días de agosto de 1914. Este «sí» a la guerra llevó inevitablemente al fin de la II Internacional.

(...)

El Congreso de Amsterdam de la II Internacional instó a los dos partidos socialistas de Francia a unificarse, lo que tuvo lugar en 1905. Su nuevo nombre, Sección Francesa de la Internacional Obrera (SFIO) conserva hasta hoy el recuerdo de aquel triunfo de la Internacional sobre la polémica de las fracciones nacionales.

Desde el momento de la unificación creció también en Francia el poder exterior del movimiento: más de un millón de miembros de los sindicatos, 90.000 socios del partido, 1.400.000 electores y 101 diputados.

(...)

Los partidos socialistas que aún no se habían convertido en los grandes partidos de masas, legales desde hacía mucho tiempo, siguieron, en general, enemigos de la guerra, mientras que los partidos de masas institucionalizados se sometieron casi sin excepción, una vez que empezó la guerra, a la política militar de sus gobiernos.

Todavía en el congreso de la II Internacional de Stuttgart, en 1907, habían aprobado todos los partidos una resolución formulada por Lenin, Martov y Rosa Luxemburg: «En caso de amenaza de guerra, las clases obreras y sus representaciones parlamentarias de los países participantes se comprometen, apoyadas por la actividad coordinada de la oficina internacional, a hacer lo posible para evitar la guerra por todos los medios que consideren eficaces, los cuales varían, naturalmente, en proporción a la agudización de la lucha de clases y de la situación política general. Caso, no obstante, de que estalle la guerra, es su obligación intervenir, a fin de acelerar su pronta terminación y aspirar con todas sus fuerzas a aprovechar la crisis política y económica causada por la guerra para sacudir al pueblo y con ello acelerar la supresión del predominio de la clase capitalista.»

(...)

La manifestación pacifista de todos los partidos de la Internacional, a finales de noviembre de 1912 en la catedral de Basilea, había repetido este llamamiento.

Cuando en julio de 1914 resultó evidente que la política austríaca frente a Serbia, apoyada por el Imperio alemán, habría de desencadenar la catástrofe, comprendieron los partidos socialistas, en el último momento, lo que estaba ocurriendo.

Sólo a finales de mes hicieron los partidos obreros europeos un llamamiento convocando manifestaciones contra la política de sus gobiernos, y en todos los países las masas siguieron este llamamiento. Cuando pocos días o incluso horas después llegó la movilización, esas mismas masas siguieron el llamamiento de sus gobiernos. En las

situaciones decisivas no se puede conservar la disposición combativa de las masas. Si se renuncia a la verdadera lucha, ellas seguirán a quien sepa tomar una decisión.

También una vez iniciada la guerra se vio con certeza que el delirio patriótico había de ser rebatido al cabo de algún tiempo por las amargas experiencias de los trabajadores mismos. Entonces, cualquier partido que hubiera seguido la resolución de Stuttgart habría podido llevar a las masas a la lucha contra su gobierno y contra la guerra. Eso sí, habría tenido que aguantar primeramente un período de aislamiento, persecución e ilegalidad. Pero la mayoría de los grandes partidos europeos no estaban dispuestos a esto.

Así, tuvieron que convertirse en instrumentos de la política militar de sus respectivos gobiernos y con ello de la clase dominante. En esa actitud siguieron, incluso cuando las masas comenzaron a mostrarse críticas, y sólo con vacilaciones siguieron la disposición de sus partidarios, en lugar de dirigirla. A menudo incluso intentaron paralizar la formación de la conciencia y la actividad de sus socios en interés de sus gobiernos.

De esta manera se desintegró en agosto de 1914 la II Internacional. Ahora, el problema decisivo del movimiento obrero en la mayoría de los partidos de Europa occidental llegó a ser la lucha de pequeñas minorías contra los grupos dirigentes, con el fin de reanimar las antiguas aspiraciones. En un principio pareció indiferente el que fuera la lucha de la minoría revolucionaria consecuente contra la guerra o bien de la minoría pacifista dentro o fuera de la organización de los grandes partidos. Esta lucha sólo podía tener consecuencias históricas una vez que en uno de los grandes países hubieran demostrado las masas que estaban hartas de pagar las concesiones sociales y salariales de la época anterior 1914 con la disposición a morir en los campos de batalla europeos para mayor gloria de las clases dominantes. Por otra parte, el trabajo de una oposición internacional contra la guerra tenía que ser de gran importancia para la preparación de tales campañas.

Ante todo, sin embargo, había que ver durante su realización si las organizaciones que originariamente habían sido creadas para superar la sociedad capitalista y que habían logrado de hecho tan decisivas transformaciones en la situación de los trabajadores, servirían, en una crisis revolucionaria, a sus fines originarios o bien al mantenimiento del orden social existente.

Durante la guerra se celebraron varias conferencias socialistas internacionales: la asamblea, dirigida por Clara Zetkin, de la Secretaría Internacional de las Mujeres Socialistas, y la reunión, organizada por Willi Münzenberg, de la Juventud Socialista Internacional en la primavera de 1915; la conferencia de Zimmerwald, convocada por la socialdemocracia italiana y suiza, en septiembre de 1915 y la conferencia de Kienthal en

abril de 1916. Estas conferencias fueron las únicas manifestaciones eficaces de solidaridad internacional en un período de desgarramiento de Europa y de suicidio político; las clases dominantes habían provocado el suicidio, y los «políticos realistas» a la cabeza de los grandes partidos y sindicatos de la II Internacional lo aprobaban. Pero estas reuniones de pequeñas minorías fueron los primeros pasos hacia la reconstitución del movimiento obrero europeo tras una crisis más grave.